



Erasmus Zarzuela

Felicidad, infelicidad

Estando. El uparcamiento de abajo está casi vaeo. Las luces son escasas; y la torre Eiffel en miniatura que hay al fondo, equivalente, en el sentido opuesto, a las "japoneserías" del siglo XIX en Europa, ya no tiene más que una puntita roja en la cúspide.

En esta habitación trivial, sin lazo alguno con el pasado ni con el porvenir (y por esa razón se es más uno mismo), en medio de un día o de una noche cualquiera, ocurre este milagro de repente, esa gracia que a veces desciende: no un instante de felicidad, pues la felicidad no se cuenta por instantes, sino la conciencia repentina de que la dicha habita en nosotros. Los objetos que componen la vida, dispuesta de pronto con un orden distinto, vuelven hacia nosotros su rostro lleno de sol. Arrebato del espíritu y de los sentidos (Baudelaire no se equivocó), levitación durante la cual el alma flota como en una nube de oro. Del mismo modo que, cuando vamos en avión, las formidables nubes, bajo las cuales se aboga la tierra, se convierten, por debajo de nosotros, en deslumbrantes glaciares blancos y azules. Felicidad pura que, en otros momentos, podría ser pura desgracia. Bastaría con que los mismos elementos volvieran hacia nosotros su faz sombría. En ambos casos, hay plenitud, pero la de la felicidad es solar.

La torre Eiffel auténtica y su imitación de Tokio no son más que un decorado bajo el cual subsiste el caos. Pero la felicidad, cuando sobreviene da brevemente un sentido a las cosas: una parcela, al menos, se siente liberada, salvada. En la desgracia, si es que uno lo consigue, el valor ocupa el lugar del sol.

Marguerite Yourcenar en: *Una vuelta por mi cárcel.*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julla garcía o.
casilla 448 telef. 54855 - 76816
e-mail: ornduende@laUnmail.com

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura

El tiempo en la novela

El tema de la abolición del tiempo y sus posibles consecuencias (horripilantes, según el testimonio de las ficciones) ha sido recurrente en la novela. Aparece, por ejemplo, en una no muy lograda ficción de Simone de Beauvoir, *Todos los hombres son mortales* (*Tous les hommes sont mortels*). Mediante un malabar técnico, Julio Cortázar se las arregló para que su novela más conocida hiciera volar en pedazos la inexorable ley del perecimiento a que está sometido lo existente. El lector que lee *Rayuela* siguiendo las instrucciones del Tablero de dirección que propone el narrador, no termina nunca de leerla, pues al final, los dos últimos capítulos terminan remitiéndose uno al otro, cacofónicamente, y, en teoría (claro que no en la práctica) el lector dócil y disciplinado debería pasar el resto de sus días leyendo y releendo esos capítulos, atrapado en un laberinto temporal sin posibilidad alguna de escapatoria..

A Borges le gustaba citar aquel relato de H. G. Wells (otro autor fascinado, como él, por el tema del tiempo) *The time machine*, en el que un hombre viaja al futuro y regresa de él con una rosa en la mano, como prenda de su aventura. Esa anómala rosa aún no nacida exaltaba la imaginación de Borges como paradigma del objeto fantástico.

Otro caso de tiempos paralelos es el relato de Adolfo Bioy Casares (*La trama celeste*) en el que un aviador se pierde con su avión y reaparece luego, contando una extraordinaria aventura que nadie le cree: aterrizó en un tiempo distinto a aquél en el que despegó, pues en ese fantástico universo no hay un tiempo sino varios, diferentes y paralelos, coexistiendo misteriosamente, cada cual con sus objetos, personas y ritmos propios, sin que se logren interrelacionar, salvo en casos excepcionales como el accidente de ese piloto que nos permite descubrir la estructura de un universo que es como una pirámide de pisos temporales contiguos, sin comunicación entre ellos.

Una forma opuesta a la de estos universos temporales, es la del tiempo intensificado de tal modo por la narración que la cronología y el transcurrir se van atenuando hasta casi pararse: la inmensa novela que es el *Ulises* de Joyce, recordemos, relata apenas veinticuatro horas en la vida de Leopoldo Bloom.

También es frecuente que haya en las ficciones no uno, sino dos o más tiempos o sistemas temporales coexistiendo. Por ejemplo, en la más conocida novela de Günter Grass, *El tambor de hojalata*, el tiempo transcurre normalmente para todos, salvo para el protagonista, el célebre Oscar Matzerath (el de la voz vitricida y el tambor) que decide no crecer, atajar la cronología, abolir el tiempo y lo consigue, pues, a cornetazos, deja de crecer y vive una suerte de eternidad, rodeado de un mundo que, en torno suyo, sometido al fatídico desgaste impuesto por el dios Cronos, va envejeciendo, pereciendo y renovándose. Todo y todos, salvo él.

Mario Vargas Llosa.